

El último año de vida de Francisco de Borja

Manuel Revuelta González*

SAN Francisco de Borja pasó el último año de su vida en un viaje largo por los caminos de Europa, desde junio de 1571 hasta septiembre de 1572. El Papa San Pío V le encargó la misión de acompañar a su nepote, Michele Ghislieri, cardenal Alejandrino, en una legación diplomática por las cortes de España, Portugal, Francia y norte de Italia, con el fin de pedir a los príncipes cristianos su colaboración en la Liga Santa contra los turcos. Éste es el argumento del espléndido libro de Enrique García Hernán, que ahora comentamos (1). El autor ha conseguido juntar las exigencias científicas de una tesis doctoral impecable con un garbo narrativo que crea cuadros de calidad en la pintura de ambientes y personajes. Es un libro denso, con párrafos de información apretada sobre multitud de sucesos.

* Profesor de Historia de España en la Universidad P. Comillas, Madrid.

(1) Enrique García Hernán: *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado, 1571-1572*. Generalitat Valenciana. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Valencia, 2000, 562 págs.

El tema era difícil e inédito, porque se sabía poco de aquel último viaje de Borja, sobre el que había grandes lagunas informativas. El autor las ha llenado con tenacidad asombrosa. Conoce todas las fuentes diplomáticas y borgianas impresas, y ha consultado una bibliografía verdaderamente exhaustiva. Para cubrir los huecos que faltaban, que no eran pocos, ha emprendido una implacable búsqueda y captura de documentos en 26 archivos y 15 bibliotecas de España, Italia, Francia, Portugal, Austria, Irlanda y Alemania, poniendo especial atención en los despachos diplomáticos de los embajadores. La búsqueda ha descubierto importantes documentos borgianos desconocidos, entre los que se destacan los tres memoriales que envió sobre sus visitas a las cortes de España, Portugal y Francia.

Con tan imponente bagaje documental el autor ha entrado a fondo en el asunto. Podía haberlo despachado de manera superficial, contentándose con el relato externo del viaje. Sin embargo, ha aceptado el desafío que pedían la personalidad de Borja, la gravedad del momento histórico y la complejidad de la política. El autor ha superado el reto con agilidad y profundidad. Se mueve como pez en el agua en el rompecabezas de aquella Europa amenazada por los turcos, y de una cristiandad definitivamente dividida, donde los ideales restauradores del Papa se veían cuarteados por las guerras de religión. El viaje de Borja se encuadra en los años de la excomunión de Isabel de Inglaterra, la batalla de Lepanto, el acoso de los hugonotes a la monarquía francesa y la matanza de la noche de San Bartolomé. El cuadro se complica con los entresijos de las cortes de Madrid, Lisboa y París, donde la trama de los matrimonios de estado, las desavenencias de las familias reales, los problemas personales de los príncipes y la lucha por el poder de los diferentes grupos cortesanos convertían la vida palaciega en un foco de intrigas y disensiones. A este ambiente de inestabilidad política y de intrigas palaciegas es devuelto el que fuera Duque de Gandía, Virrey de Cataluña y confidente del Emperador. El anciano y enfermo general de la Compañía volvía al mundo en el que se movió su juventud, por obediencia al Papa y en servicio de la Iglesia. La elección de Borja para aquella misión era una prueba de su inmenso prestigio.

El libro contiene una buena introducción, cinco largos capítulos, unas conclusiones, y unos apéndices con genealogías, mapas e índices. El primer capítulo (cuadro político-religioso del generalato de Francisco de Borja) contiene los prolegómenos que explican la delicada misión a la que fue enviado el jesuita. Se hace la presentación de la persona y la composición del lugar. Entre los rasgos de la gran personalidad de Borja se destaca su condición de noble, que en él había quedado sublimada por su vocación religiosa. Pocos

como él reunían tanta lealtad, experiencia y prestigio al servicio de la corona y de la Iglesia. Sus ocho hijos habían extendido la red de su linaje en cargos de influencia dentro y fuera de España. El lugar en el que tiene que desarrollar su última misión es una Europa amenazada por enemigos exteriores e interiores. En consecuencia, se nos ofrece una visión conjunta de los principales problemas políticos, desde los centros neurálgicos del poder, que se concentraba en las cortes de los monarcas. Los siguientes capítulos (del dos al cinco) se centran en las sucesivas estancias de Borja, en España, en Portugal, en Francia y en la Península itálica. El contenido de cada capítulo no se ciñe, sin embargo, a los asuntos exclusivos de estos países, pues toca los problemas nacionales e internacionales tal como se plantean en cada momento. Son fundamentalmente los mismos problemas, con las variantes que reciben con el paso de los días o los cambios de lugares y personas.

Un viaje

EL nudo del asunto consiste en que el Papa desea defender la cristiandad contra los turcos e implantar la reforma católica contra los protestantes. Para ello insta a los monarcas católicos a adherirse a la Liga Santa. Los matrimonios de los príncipes seguían siendo un medio fundamental para anudar las alianzas entre los estados. En aquel momento se espera que la Liga quedará fortalecida mediante el matrimonio del rey Sebastián de Portugal con Margarita de Valois, hija de Catalina de Médicis y hermana del rey Carlos IX de Francia. De ese modo Francia se acercaría a la Liga y se alejaría el peligro hugonote, que podía agravarse si se realizaba el matrimonio de Margarita con el hugonote Enrique de Borbón. Pero la corte francesa no quería entrar en la Liga, que favorecía el poder de España, y por eso planeaba el matrimonio de Margarita con el hugonote, mientras preparaba un pacto con Inglaterra, que preocupaba mucho a Felipe II. Estos problemas políticos se complican con las dificultades de las personas implicadas. Don Sebastián no quería casarse con Margarita, ni ésta con aquél ni con Enrique, porque amaba al Duque de Guisa.

En todos estos asuntos interviene Borja. Ocupó un papel discreto, pero preponderante, en la legación presidida por el cardenal Alejandrino, que estaba formada por unas 150 personas, gentes escogidas, de moralidad bien probada, que pasaban gran parte de sus jornadas en oración. La legación abandonó Roma a finales de junio de 1571, cuando la armada de don Juan de Austria buscaba el combate con los turcos. Escuadra y embajada eran los

dos caminos por los que el Papa buscaba el bien de la cristiandad: la guerra contra los infieles y la paz entre los reyes cristianos.

Primero, España

LA estancia de Borja en España fue grata, llena de evocaciones del pasado y de encuentros con familiares y amigos. Pasó por Barcelona y se detuvo en Valencia. En la catedral de esta ciudad predicó un sermón devoto y jugoso en lengua valenciana, con gran admiración de sus paisanos. En Madrid se alojó en la casa que años más tarde se transformaría en el Colegio Imperial. Recibió allí nuevas visitas de hermanos, hijos y nietos, que alternaba con las que él hacía a pobres y hospitales. Borja había delegado el gobierno de la Compañía en el P. Nadal, pero se había reservado el gobierno de los jesuitas de España. Por eso aquellos días redactó las instrucciones para el establecimiento de la Compañía en México y despidió a sus primeros misioneros jesuitas. La presencia de Borja en la corte de Felipe II estuvo rodeada de un clima de confianza, muy distinto al que había padecido años antes, cuanto tuvo que salir de España para evitar problemas con la Inquisición. Ahora los cortesanos le besaban la sotana, y el rey le recibía en el alcázar con gran familiaridad, recordando seguramente a quien le había arrullado y enseñado a cabalgar. Borja regaló al rey un *lignum crucis*, que se colocó en El Escorial. En el plano diplomático no sólo actuó en apoyo del legado pontificio, sino que recibió, a su vez, del rey Felipe, encargos y recomendaciones para la corte de Portugal. Las entrevistas de Felipe y Francisco tuvieron lugar en octubre de 1571, cuando llegaban nuevas de la victoria de Lepanto y nacía el príncipe Fernando, que solucionaba el problema de la sucesión. Tiziano plasmó aquellas horas gloriosas en cuadros alegóricos, como «La ofrenda de Felipe II» y «España en auxilio de la religión». Eran momentos de euforia alimentados por una propaganda de mesianismo profético. Pero las preocupaciones no desaparecían, pues llegaban noticias inquietantes del rearme de Francia e Inglaterra, y de un pacto de estas naciones contra España.

Después, Portugal

LA Corte de Portugal era un avispero. Don Sebastián, dominado por el jesuita González de Cámara, estaba reñido

con su abuela Catalina de Austria, que había sido regente durante su minoría, y con su tío el cardenal Enrique. Borja, ayudado por su hijo Juan, que era embajador en Lisboa, procuró rehacer la paz en la familia real portuguesa y conseguir que el indómito Sebastián accediera, aunque con pocas ganas, al matrimonio con Margarita. En aquellas cortes no faltaban espías, que difundían rumores falsos para deshacer los planes políticos. Se decía, por ejemplo, que Sebastián era impotente y que Margarita era muy fea. No era verdad ni lo uno ni lo otro. La ojeriza que el portugués mostraba al matrimonio se explicaba por sus amores a una dama llamada Juana de Castro, a la que no dejaba casar ni entrar en el convento. Borja no logró que Catalina volviera a España, como ella deseaba. Tampoco obligó al P. Cámara a que dejara definitivamente la corte, pues esta medida habría aumentado la división en los jesuitas portugueses y en la misma corte. Nuestro autor resume muy bien el resultado de las gestiones cuando la embajada abandonó Portugal: «Atrás dejaban intrincadas negociaciones, sudores y desvelos, continuos ajetreos, el reino poco complacido, el embajador y la reina disgustados porque Borja había actuado con demasiada blandura y suavidad; es decir, había un sentimiento de tramoya, algo había quedado oculto, como suspendido en el aire» (p. 214).

Al fin, Francia

EL encuentro del cardenal Alejandrino y su séquito con la corte de Francia tuvo lugar en el palacio de Blois. Francia era un país enfermo, en plena crisis de la guerra de religión. Era una corte liviana, que celebraba bailes y mascaradas en plena cuaresma. El joven rey Carlos IX llegó a ofrecer mujeres al legado para que se divirtiera. Había una tropa de personajes pintorescos sobre los que se destacaba la astuta reina madre Catalina de Médicis. Aunque en los informes de Alejandrino y en los despachos de los nuncios no se menciona a Borja, éste tuvo gran influencia en los contactos diplomáticos: «menava tutto», como decía el embajador de Florencia. Mantuvo conversaciones muy serias con las dos reinas (la madre y la esposa) y con el rey. La embajada pontificia no logró lo que quiso (Francia no entró en la Liga y Margarita no se casó con Sebastián, sino con Enrique), pero se consiguió la promesa de que el rey francés no atacaría a España y no favorecería a los hugonotes. Algunos historiadores han puesto en relación la matanza de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) con la legación de Alejandrino y con una implicación, al menos indirecta, del Papa y de Borja;

pero el autor demuestra que esa tesis carece de fundamento. A los numerosos motivos religiosos y sociales que suelen darse para explicar el suceso, el autor añade argumentos nuevos para explicar la exacerbación de la lucha religiosa que culminó en la represión sangrienta. La salida de un grupo de nobles católicos franceses, que se escaparon de su país para enrolarse en la Liga, aumentó la tensión. Las medidas enérgicas contra los hugonotes se debieron también a las presiones de los estados del Norte de Italia, especialmente de Venecia, que querían evitar a toda costa que Francia atacara a España, pues ese ataque resquebrajaría la Liga Santa y abriría a los turcos las tierras de Italia.

Y al norte de Italia

EL último capítulo se dedica a la estancia de Borja en el norte de Italia. La exposición se hace complicada, pues lo era también la situación de aquellos pequeños estados, con distintas formas de gobierno, sometidos unos al dominio de España, e independientes otros, en mayor o menor grado. Las competencias de Francia, España y los Estados Pontificios obligaban a seguir políticas distintas en los gobiernos de aquellos países. Pío V, por ejemplo, intentó fortalecer la unidad de Italia, favoreciendo a Saboya para que cerrase el paso al avance protestante desde Francia. Al mismo tiempo reforzó la posición de Cosme de Médicis, al otorgarle el título de Gran Duque de Toscana, que disgustó al vecino Duque de Ferrara. La legación de Alejandrino concluyó en Turín en marzo de 1572. La estancia del P. Francisco, en cambio, se prolongó, pues el Papa le encomendó una misión especial ante Manuel Filiberto, Duque de Saboya. No se conoce el texto de estas instrucciones, por lo que el autor apunta varias hipótesis relacionadas con el impulso a la reforma católica.

De vuelta a Roma

LOS últimos temas de la investigación se centran en dos aspectos: las noticias que Borja recibe, y las etapas de su último viaje. Eran noticias palpitantes y alarmantes: la muerte de Pío V (1 de mayo); la elección de Gregorio XIII; los ataques de los mendigos del mar en Flandes y el contraataque del Duque de Alba; el tratado de comercio y de alianza entre Francia e Inglaterra; los movimientos de la armada de don Juan

de Austria, con dudas de si marchará a Levante o a Argel; la boda de Margarita y Enrique, el mismo día de la matanza de San Bartolomé. Europa parecía un polvorín a punto de estallar. La amenaza en el Atlántico frenaba a defensa del Mediterráneo: «no se venció al turco y la Liga Santa se rompió tras un año agónico» (p. 438). El viaje del P. Francisco fue una lenta agonía. Cruzó los Alpes en litera, camino de Saboya, aterido de frío y sufriendo hemorragias. Durante la semana santa se embarcó en Turín siguiendo el río Po hasta Ferrara. Allí permaneció cuatro meses, recibiendo visitas de los duques, sus parientes, y correspondencia casi diaria de Roma con noticias de la Compañía y del mundo. Camino de Roma se detuvo ocho días en Loreto, donde llegó el 12 de septiembre «más muerto que vivo», según un testigo. La última etapa, en litera, padeció «gravísimos dolores internos, con notable paciencia y ejemplar sufrimiento». A los tres días de llegar a Roma murió santamente el 1 de octubre de 1572.

La obra de García Hernán arroja nueva luz sobre la política pontificia de Pío V en un momento muy difícil de la historia de Europa y de la Iglesia. La gran figura de Francisco de Borja es contemplada desde perspectivas nuevas. La embajada es, lógicamente, el eje narrativo, en el que confluyen, como radios, las etapas de su vida en el mundo de su tiempo. El panorama biográfico se enriquece, a menudo, con detalles muy expresivos, como la lista impresionante de los personajes que conoció (p. 38), los escritos que publicó (p. 156) o las enfermedades de padeció (p. 422). Sobre todo se completa la figura tradicional del Borja ascético, alejado del mundo, con el Borja diplomático, lleno de humanidad. Es un Borja paciente, dialogante, conocedor de las limitaciones humanas, grande en su humildad. Al hacer el balance de su misión en Portugal, el autor compara al jesuita con un funámbulo obligado a andar por la cuerda floja. Seguramente aquella vía media, lejos de ser una claudicación, fue un laudable ejercicio de la política como arte de lo posible. En lo que Borja no admitía medianías era en su servicio leal a la Iglesia y al Pontífice. Bien lo demuestra su último paso, desde la litera de viaje hasta el lecho de muerte.